

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Haz un comentario de no más de una página del texto que está enmarcado.

El estallido de la guerra de 1914:

«Me gusta recordar las semanas anteriores a la guerra; se caracterizaron por una atmósfera de euforia y laxitud como la que suele preceder a las tormentas de verano. La actitud de la gente era más franca y despreocupada de lo normal, pero sus ocupaciones seguían discurriendo por los cauces habituales. Por eso, y no obstante lo que estaba ocurriendo, tampoco mi familia dejó de emprender, como todos los años, el habitual viaje de veraneo hacia la isla de Juist¹.

Esta vez no había acompañado yo a mis padres y hermanos; me había quedado en nuestra solitaria casa a fin de preparar con calma el examen final de bachillerato. Sentía deseos de librarme pronto de los bancos escolares, que me resultaban cada vez más agobiantes. Por mi modo de ser tendía hacia una amplitud y libertad vitales que presumía, sin duda con razón, que eran irrealizables en la aburguesada Alemania. Un año antes había intentado ya un golpe de fuerza; me había escapado de casa al amparo de la noche, para correr aventuras por el mundo. Como les suele suceder a los fugitivos adolescentes, muy pronto fui devuelto a casa. Mi padre, hombre de sentido práctico, había cerrado un pacto conmigo; primero haría el examen final de bachillerato y luego me dedicaría a recorrer el mundo a mi gusto y capricho. Esta agradable perspectiva espoleaba considerablemente mi diligencia.

Había realizado ya grandes progresos en mis estudios cuando, hacia el final de las vacaciones escolares, en aquel día de agosto tan henchido de significado, subí al tejado de nuestra granja; aquel edificio había sido pasto de las llamas el año anterior y ahora estaban reparándolo. Allí se encontraba trabajando Robert Meier, nuestro jardinero, acompañado de un obrero desconocido para mí, que nos había enviado por algunos días una empresa fabricante de cubiertas de tejado a prueba de fuego. Mientras aquellos dos hombres clavaban en los cabrios los tableros de la cubierta, yo les hacía compañía y charlaba con ellos.

Desde aquel tejado se podía divisar en toda su amplitud el antiquísimo paisaje de llanuras en que estaba situada nuestra casa. Hacia el este, cerraba el horizonte un lago de grandes dimensiones llamado el Mar de Steinhude; hacia el oeste, la mirada se perdía en una extensa zona pantanosa en la cual, según contaban viejas tradiciones, un ejército de Germánico había sufrido un descalabro. Por el sur penetraban en la llanura las últimas estribaciones de los montes del Weser; y hacia el norte se extendía la planicie por los páramos de Nienburg, sembrados de oscuros bosques de pinos. El campo de visión abarcaba, pues, todos los elementos de este paisaje que yo sentía como mi verdadera patria.

Sentados en el tejado, que los rayos del sol habían recalentado, nos hallábamos entregados a nuestra charla, cuando pasó por la parte de abajo, montado en su bicicleta, el cartero, tal como solía hacer siempre a aquella hora. Sin bajarse, nos gritó estas tres palabras: «¡Orden de movilización!». Sin duda hacía ya horas que el telégrafo estaba difundiendo incesantemente esas mismas palabras por todos los rincones del país.

El tejador acababa de alzar el martillo para dar un golpe. Detuvo su movimiento y con toda suavidad depositó la herramienta sobre el tejado. En ese instante entraba en vigor para él un calendario diferente. Había cumplido ya el servicio militar y en los próximos días tendría que presentarse a su regimiento. Meier pertenecía a la reserva de reemplazo y también para él era inminente el llamamiento a filas. Yo tomé la resolución de participar en la guerra como voluntario, decisión que adoptaban a aquella misma hora centenares de miles de hombres.

Nuestro pequeño y pacífico grupo se había convertido de golpe en un grupo de soldados, y eso mismo ocurría en todos los sitios de Alemania en que estuviesen reunidos unos cuantos hombres. Recogimos las herramientas y acordamos tomar un trago en la aldea. Cuando llegamos ante el ayuntamiento vimos que ya estaba expuesta en el tablón de anuncios la orden de movilización. En la taberna no se notaba ninguna excitación especial —al campesino de la baja Sajonia le es ajena la exaltación, su elemento propio es la tenaz fuerza de la tierra. No regresamos a casa hasta bastante tiempo después; mientras caminábamos por la solitaria carretera íbamos cantando la hermosa canción que dice:

¹ Isla al Noroeste de Alemania, muy cerca de la frontera con los Países Bajos.

*Auf, auf, Kameradenvon der Infanterie,
esgiltfürunserLeben...*
[Arriba, arriba, camaradas de la infantería,
hemos de luchar por nuestra vida...]

Mis padres regresaron al día siguiente; todos los lugares de veraneo se habían quedado vacíos de repente. Por la tarde fui en tren a Hannover para inscribirme en un regimiento. De vez en cuando veía junto a los raíles unos peles rellenos de paja que se bamboleaban al viento. Los guardavías habían colgado al zar Nicolás.

Por la Plaza de Ernesto-Augusto pasaba desfilando un regimiento que marchaba al frente. Los soldados cantaban, entre sus filas se habían introducido señoras y muchachas y los adornaban con flores. Desde entonces he visto muchas multitudes arrebatadas de entusiasmo; ningún otro ha sido tan hondo y poderoso como el de aquel día.

A la mañana siguiente me dirigí al cuartel del 74º Regimiento de Infantería, que encontré sitiado por millares de voluntarios. Era completamente imposible avanzar dentro de aquella muchedumbre. Por fin al tercer día conseguí llegar hasta el 73º Regimiento de Fusileros; allí me declararon apto y me apuntaron en las listas. Una vez resuelto el problema de mi inscripción, un escribiente me gritó, cuando ya me marchaba:

— ¿Y usted qué es? ¿Está en el último curso de la enseñanza media? ¿Quiere hacer también el bachillerato?

En medio de la agitación en que me encontraba se me había olvidado del todo aquella cuestión, que tampoco me parecía ya tan importante. De todos modos hice que me extendieran un certificado, y así fue cómo durante cinco días sufrí, junto con otros compañeros de infortunio, una serie de exámenes escritos y orales. Como es natural, las pruebas fueron fáciles; en realidad resultaba menos difícil aprobar que suspender. Aun así, hubo entre nosotros un ave de mal agüero que logró realmente esto último. Una vez que me matriculé en la universidad de Heidelberg, quedé libre de toda clase de preocupaciones.

Durante las semanas siguientes me despertaba de muy buen humor por las mañanas —en especial cuando la noche anterior había estado soñando que aún no tenía aprobado el examen final de bachillerato. En realidad sólo había una cosa que me desazonaba; me llenaban de angustia las noticias que los periódicos traían acerca de nuestras victorias. Según ellos, algunas patrullas de la caballería alemana habían divisado ya las torres de París; si las cosas continuaban progresando de ese modo, ¿qué iba a quedar para nosotros? Pues también nosotros queríamos oír el silbido de las balas y vivir esos instantes que cabe calificar como el bautismo propiamente dicho del varón.

La ansiada orden llegó por fin; el 6 de octubre debía presentarme en el cuartel. Las semanas de instrucción transcurrieron con rapidez; pasaba los días en el páramo de Vahrenwald o en la Plaza de Waterloo; las noches, como es natural, con buenos camaradas o con una chica. Aprendí a disparar y desfilar y entablé también conocimiento con la disciplina prusiana. Y si bien es cierto que al principio choqué violentamente con ella, con todas y cada una de sus normas, le debo más que a todos los maestros de escuela y a todos los libros del mundo.

De repente, el 27 de diciembre nos pusieron en estado de alerta; el frente nos estaba aguardando. Cargados con un pesado equipaje y, sin embargo, eufóricos como en un día de fiesta, desfilamos hacia la estación del ferrocarril. En el bolsillo de mi guerrera había guardado una libreta delgada; estaba destinada a mis anotaciones diarias. Sabía que nunca más volverían las cosas que nos aguardaban y me encaminaba hacia ellas con suma curiosidad. También tendía, por mi propia manera de ser, a observar las cosas; desde muy pronto sentí predilección por los telescopios y los microscopios, instrumentos con los que se ve lo grande y lo pequeño. Y entre los escritores admiraba desde siempre a los que, además de poseer unos ojos agudos para todo lo visible, se hallaban dotados también de un instinto para lo invisible.

Cuando llegó el tren comenzaba a oscurecer. Entre cánticos nos sumergimos en la noche. Cuando con luces y ruidos pasábamos rodando junto a las aldeas y las solitarias casas de labor, sin duda los padres que allí estaban sentados a las mesas con sus hijos decían:

—Son soldados. Marchan a la guerra.

Y tal vez los niños preguntaban:

—¿La guerra...? ¿Qué es eso?

Ernst JÜNGER (1934)

Nacionalismo desbocado:

«En la terraza de un café del centro, una orquesta ataca *La Marsellesa*. Todo el mundo la escucha de pie y se descubre. Salvo un hombrecillo esmirriado, modestamente vestido, de rostro triste bajo su sombrero de paja, que está solo en un rincón. Un asistente repara en su presencia, se precipita hacia él, y, con el dorso de la mano, le hace volar el sombrero. El hombre palidece, se encoge de hombros y responde: «¡Bravo! ¡Valiente ciudadano!». El otro le conmina a levantarse. Él se niega. Se acercan unos viandantes, los rodean. El agresor continúa: «¡Insulta usted al país, y no pienso tolerarlo!». El hombrecillo, muy blanco ahora, pero obstinado, responde: «Pues a mí me parece que insultan ustedes a la razón y yo no digo nada. ¡Soy un hombre libre, y me niego a saludar a la guerra!». Una voz exclama: «¡Partidle la boca a este cobarde!». Se producen empujones detrás, se alzan bastones, se derriban mesas, se rompen vasos. La aglomeración, en cuestión de instantes, se vuelve enorme. Los de las últimas filas, que no han visto nada, informan a los recién llegados: «Es un espía. Ha gritado: “¡Viva Alemania!”». La indignación subleva a la multitud, la hace precipitarse hacia delante. Se oyen ruidos de golpes sobre un cuerpo, gritos de odio y de dolor. Al fin acude el cafetero con su servilleta en un brazo y aparta a la gente. El hombrecillo, caído de su silla, está tendido entre los escupitajos y las colillas de los parroquianos. Su rostro tumefacto está irreconocible, con un ojo cerrado y negro; un hilillo de sangre corre de su frente y otro de su boca abierta e hinchada; respira con dificultad y no puede levantarse. El cafetero llama a dos camareros y les ordena: «¡Lleváoslo de aquí!». Le arrastran más lejos por la acera, donde le dejan tirado. Pero uno de los camareros vuelve, se inclina y le sacude con aire amenazador: «Dime, ¿y de la consumición qué?». Como el pobre desgraciado no responde, le registra, el saca del bolsillo del chaleco un puñado de monedas entre las que elige algunas, poniendo a la multitud por testigo: «¡El muy cerdo se había largado sin pagar!». La gente aprueba: «¡Estos individuos son capaces de todo!». «¡Por suerte le han desarmado!». «¿Iba armado?». «Ha amenazado a la gente con su revólver». «¡La verdad es que somos demasiado buenos en Francia!». «¡Los socialistas hacen el caldo gordo a Alemania, no hay que tener piedad con estos tipejos!». «Los supuestos pacifistas son unos majaderos. ¡Esta vez no será como en el setenta!».

Para festejar esta victoria, se pide cantar de nuevo *La Marsellesa*. La gente la escucha mientras mira al hombrecillo sangrante y manchado, que gimotea débilmente. Observo cerca de mí a una mujer pálida y bonita, que murmura a su compañero: «Este espectáculo es horrible. Ese pobre hombre ha tenido valor...». El otro le responde: «Un valor de idiota. Uno no puede enfrentarse a la opinión pública.»

Gabriel **CHEVALLIER**, *El miedo* (1930)

Vida y muerte en las trincheras:

a) La llegada a la trinchera:

«Al recorrer el pasadizo de Haumont los obuses alemanes nos enfilaron y el pasadizo se llenó de cadáveres por todos los sitios. Los moribundos, entre el barro, con los estertores de la agonía, nos piden de beber o nos suplican que los rematemos. La nieve sigue cayendo y la artillería está causando pérdidas cada instante. Cuando llegamos al mojón B no me quedan más que diecisiete hombres de los treinta y nueve que tenía al salir.»

b) La trinchera:

«Un olor infecto se nos agarra a la garganta al llegar a nuestra nueva trinchera, a la derecha de los Éparges. Lluve a torres y nos encontramos con que hay lonas de tiendas de campaña clavadas en los muros de la trinchera. Al alba del día siguiente constatamos con estupor que nuestras trincheras están hechas sobre un montón de cadáveres y que las lonas que han colocado nuestros predecesores están para ocultar a la vista los cuerpos y restos humanos que allí hay.»

c) Los muertos, compañeros de los vivos:

«A lo largo de todo el frente de la colina de Souain yacen, desde septiembre de 1915, los soldados barridos por las ametralladoras, extendidos cara a tierra y alineados como si estuviesen en plena maniobra. La lluvia cae sobre ellos inexorable, y las balas siguen rompiendo sus huesos blanqueados. Una noche, Jacques, que iba de patrulla, ha visto huir a las ratas saliendo por debajo de sus capotes desteñidos, enormes ratas engordadas con carne humana. Latiéndole el corazón, se arrastraba hacia un muerto cuyo casco había rodado; el hombre mostraba su cabeza vacía de carne en una mueca siniestra, desnudo el cráneo, devora-

dos los ojos. La dentadura postiza se había deslizado sobre la camisa podrida y de la boca abierta salió una bestia inmundada.»

d) La espera en la trinchera:

«Nos ha llegado la orden de la brigada: “Tenéis que resistir cueste lo que cueste, no retroceder bajo ningún pretexto y dejáros matar hasta el último antes que ceder una pulgada de terreno.” De ese modo — dicen los hombres— la cosa está clara. Es la segunda noche que vamos a pasar sin dormir. En cuanto oscurece, el frío cae sobre nosotros y nuestros pies son como bloques de hielo.»

e) ¡Adelante!:

«Las horas se deslizan lentas, pero inexorables. Nadie puede tragar nada porque tenemos un nudo en la garganta. Siempre, siempre la idea angustiosa de si dentro de unas horas estaré aún en este mundo o no seré ya más que un cadáver horrible despedazado por los obuses. Sin embargo, se aproxima la hora H. No quedan más que treinta minutos, veinte, diez, las agujas del reloj avanzan constantemente sin que nada pueda pararlas; no separo de ellas los ojos y cuento... Con el bolsillo abarrotado de cartuchos y el fusil de un muerto en la mano, me levanto lentamente sobre las rodillas. Las 17:58, las 17:59..., las 18, abro la boca para gritar: “¡Adelante!”, cuando me ciega un fogonazo rojo que me tira al suelo. Tengo atravesada la rodilla derecha, una herida en el vientre y otra en la mejilla. A mi lado, otros caen heridos, muertos...»

f) El ataque enemigo:

«A las 16 horas cesan los tiros de los alemanes. Es el ataque. A 200 metros vemos salir de la tierra a un oficial alemán con el sable desenvainado, seguido de la tropa en columnas de cuatro, arma al hombro. Se diría un desfile del 14 de julio. Nos quedamos estupefactos y, sin duda, el enemigo contaba con este efecto de sorpresa, pero al cabo de unos segundos recobramos el ánimo y nos ponemos a tirar como endiablados; nuestras ametralladoras constantemente despiertas nos sostienen. El oficial alemán acaba de morir a 50 metros de nuestras líneas con el brazo derecho extendido en dirección a nosotros, y sus hombres caen y se amontonan detrás de él. Es inimaginable.»

g) Los efectos de un bombardeo:

«Desentierro a un *poilou*² de la 270, más fácil de sacar. Hay todavía varios enterrados que gritan; los alemanes deben oírles porque nos abrasan desde cubierto con sus ametralladoras. No es posible trabajar de pie y por un momento tengo casi ganas de marcharme, pero la verdad es que no puedo dejar así a los camaradas... Intento desprender al viejo Mazé, que sigue gritando; pero cuanta más tierra quito, más se hunde; lo desentierro por fin hasta el pecho y puede respirar un poco mejor; me voy entonces a socorrer a un hombre de la 270 que grita también, pero más débilmente, y consigo liberarle la cabeza hasta el cuello, mientras llora y me suplica que no le deje allí. Deben de quedar otros dos, pero no se oye nada y vuelvo a cavar para despegarles la cabeza. Me doy cuenta entonces de que los dos están muertos. Me tumbo un poco porque estoy agotado; el bombardeo continúa.»

h) Los heridos:

«Llegamos al túnel. ¿Estaremos realmente condenados a vivir aquí? Prefiero la lucha al aire libre, el abrazo de la muerte en terreno descubierto. Fuera se tiene el riesgo de una bala, pero aquí el peligro de la locura. Una pila de sacos de tierra se levanta hasta la bóveda y cierra nuestro refugio. Fuera sigue la tormenta en la noche y el martilleo continuo de los obuses de todos los calibres. Por encima de nosotros, bajo la bóveda que retumba, algunas bombillas sucias arrojan una claridad dudosa y enjambres de moscas danzan a su alrededor en zarabanda. Acuden al asalto de nuestra epidermis con su zumbido irritante y los matotazos no logran apartarlas. Las caras de todos están húmedas y el aire es tibio y nauseabundo. Acostado en la arena cenagosa, sobre el carril, mirando a la bóveda o faz contra tierra, hechos un ovillo, estos hombres embrutecidos esperan, duermen, roncan, sueñan y ni siquiera se mueven cuando un camarada les aplasta un pie. En algunos sitios corre un chorro. ¿Es agua u orina? Se nos agarra a la garganta y nos revuelve el estómago un olor fuerte, animal, en el que surgen relentes de pólvora, de éter, de azufre y de cloro, un olor de deyecciones y de cadáveres, de sudor y de suciedad humana. Es imposible tomar alimento. Solamente el agua de café de la cantimplora tibia y espumosa calma un poco la fiebre que nos anima. Los demás puestos de socorro no gozan ni siquiera de unos instantes de seguridad... Me llega un cabo muy joven, solo, con las dos manos arrancadas de raíz por los puños, que mira sus dos muñones rojos y horribles con los ojos desorbitados.»

i) El retorno:

² Soldado raso francés.

«No he visto nada más desgarrador que el desfile de los dos regimientos de la brigada 57 y 144 R. I., que se alargaron ante mí, en este camino, durante todo el día. Aparecieron primero unos esqueletos de compañía que conducía a veces un oficial salvado que se apoyaba sobre un bastón; todos andaban, o más bien avanzaban, a pasitos, con las rodillas dobladas, inclinados sobre sí mismos y tambaleándose como si estuviesen borrachos. Siguieron después unos grupos que quizá eran escuadras o secciones, no se sabía; iban con la cabeza baja, la mirada sombría, abrumados por el peso de la mochila y con el fusil rojo y terroso colgando del correa. El color de los rostros no se diferenciaba apenas del de los capotes, hasta tal punto estaba todo recubierto de barro que se había secado para que otro nuevo viniese a mancillar todo una vez más; los vestidos, como la piel, estaban totalmente incrustados de ese barro. Los automóviles se precipitaban con sus ronquidos, en columnas cerradas, desparramando esta lamentable marea de los supervivientes de la gran hecatombe, pero ellos no decían nada, no gemían siquiera porque habían perdido la fuerza hasta de quejarse. Cuando estos forzados de la guerra levantaban la cabeza hasta los tejados del pueblo se advertía en sus miradas un abismo increíble de dolor, y en ese gesto sus rasgos aparecían fijados por el polvo y tensos por el sufrimiento; parecía que esos rostros mudos gritaban alguna cosa aterradora: el horror increíble de su martirio. Algunos soldados de la segunda reserva que estaban mirándoles a mi lado permanecían pensativos y dos de ellos lloraron en silencio como si fuesen mujeres.»

Testimonios de muertos y supervivientes de Argonne y Verdun

La intervención americana:

«No estamos en contra del pueblo alemán, sino del despotismo militar de Alemania. Debemos combatir para salvaguardar la democracia (...). Resulta terrible lanzar a este grande y pacífico pueblo a una guerra, la más terrible y desastrosa que jamás haya existido, puesto que en ella se ventila la existencia de la misma civilización. Pero el Derecho es más valioso que la paz, y nosotros vamos a combatir por aquellas cosas que siempre han sido más caras a nuestros corazones: por el derecho que tienen los gobernados a que se oigan sus voces en el propio gobierno, por los derechos y libertades de las pequeñas naciones y por una organización que en tal manera esté basada en el Derecho y se halle integrada por una cordial alianza entre los pueblos libres, que ofrezca paz y seguridad a todas las naciones y dé finalmente libertad al mundo.»

Discurso de Woodrow **WILSON** al Congreso de los Estados Unidos (2 de abril de 1917)

El Tratado de Versalles:

«Los Estados Unidos de América, el Imperio británico, Francia, Italia y Japón, potencias designadas por el presente tratado como las principales potencias aliadas y asociadas;

Bélgica, Bolivia, Brasil, China, Cuba, Ecuador, Grecia, Guatemala, Haití, Hedjaz³, Honduras, Liberia, Nicaragua, Panamá, Perú, Polonia, Portugal, Rumanía, el Estado serbio-croata-esloveno, Siam, Checoslovaquia y Uruguay, que forman, con las mencionadas principales potencias, las potencias aliadas y asociadas, por una parte; y Alemania, por otra;

Considerando que, a petición del gobierno imperial alemán, se ha concedido a Alemania un armisticio el 11 de noviembre de 1918 por las principales potencias aliadas y asociadas, a fin de poder concertar con ella un tratado de paz;

Considerando que las potencias aliadas y asociadas desean igualmente que sea sustituida por una paz sólida, justa y duradera la guerra, a la que fueron sucesivamente arrastradas, directa o indirectamente, y que tuvo origen en la declaración de guerra dirigida a Serbia por Austria-Hungría el 28 de julio de 1914, en las declaraciones de guerra dirigidas a Rusia por Alemania el 1º de agosto de 1914 y a Francia el 3 de agosto de 1914, y en la invasión de Bélgica;

Las altas partes contratantes (...) han convenido las siguientes disposiciones:

PARTE III. Cláusulas políticas europeas.

Art. 42. Se prohíbe a Alemania mantener o construir fortificaciones, ya sea en el lado izquierdo del Rin ya sea en su lado derecho o al oeste de una línea trazada a 50 kilómetros al este de ese río.

³ Arabia Saudí.

Art. 43. Está igualmente prohibido en la zona definida por el art. 42 el mantenimiento o la concentración de fuerzas armadas (...).

Art. 44. En el caso de que Alemania contraviniese de algún modo los arts. 42 y 43, sería considerado como que comete un acto hostil contra las potencias signatarias del presente tratado y como un intento de perturbar la paz del mundo.

Art. 45. En compensación a la destrucción de las minas de carbón del Norte de Francia (...) [Alemania] cede a Francia la propiedad completa y absoluta de las minas de carbón situadas en el Sarre (...).

Art. 51. Los territorios cedidos a Alemania en virtud de los preliminares de paz firmados en Versalles, el 26 de febrero de 1871 y del tratado de Fráncfort del 10 de mayo de 1871 son reintegrados a la soberanía francesa a partir del armisticio del 11 de noviembre de 1918 (...).

Art. 80. Alemania reconoce y respetará estrictamente la completa independencia de Austria (...).

Art. 81. Alemania reconoce la completa independencia del Estado checoslovaco (...).

Art. 87. Alemania reconoce (...) la completa independencia de Polonia y reconoce a favor de Polonia todos los derechos y títulos sobre los territorios [a ella atribuidos] (...).

Art. 100. Alemania renuncia en favor de las principales potencias aliadas y asociadas, todos los derechos y títulos [sobre la ciudad de Danzig y su territorio] (...).

Art. 102. La ciudad de Danzig, con su territorio, (...) se constituye como ciudad libre y colocada bajo la protección de la Sociedad de Naciones (...).

PARTE IV. Derechos e intereses alemanes fuera de Alemania.

Art. 119. Alemania renuncia en favor de las principales potencias aliadas y asociadas, a todos sus derechos y títulos sobre sus posesiones de ultramar (...).

PARTE V. Cláusulas militares, navales y aéreas.

Art. 160. El ejército alemán no deberá comprender más de siete divisiones de infantería y tres divisiones de caballería. En ningún caso la totalidad de los efectivos del ejército de los Estados que constituyen Alemania deberá sobrepasar los cien mil hombres (...), y se destinará exclusivamente al mantenimiento del orden en el territorio y a la policía de fronteras.

Art. 168. La fabricación de armas, municiones y material de guerra (...), no podrá efectuarse más que en las fábricas cuyo emplazamiento sea puesto en conocimiento y sometido a la aprobación de los Gobiernos de las principales potencias aliadas (...).

Art. 173. Todo servicio militar obligatorio será abolido en Alemania (...).

Art. 181. (...) Las fuerzas de la flota alemana no deberán pasar de seis acorazados del tipo *Deutschland*, seis acorazados ligeros, doce destructores y doce torpederos⁴. No deberá comprender [la flota] ningún navío submarino (...).

Art. 198. Las fuerzas militares de Alemania no deberán comprender ninguna aviación militar ni naval (...).

PARTE VII. Reparaciones.

Art. 231. Los Gobiernos aliados y asociados declaran y Alemania reconoce que Alemania y sus aliados son responsables, por haberlas causado, de todas las pérdidas y de todos los daños sufridos por los Gobiernos aliados y sus naciones como consecuencia de la guerra que les ha sido impuesta por la agresión de Alemania y sus aliados (...).

Art. 232. (...) Los Gobiernos aliados exigen (...) y Alemania adquiere el compromiso de que serán reparados todos los daños causados a la población civil de las potencias aliadas y asociadas, y a sus bienes (...).

Art. 233. El importe de los mencionados perjuicios (...) será fijado por [la Comisión de Reparaciones] (...).

PARTE XIV. Garantía de ejecución.

Art. 428. En título de garantía de cumplimiento por parte de Alemania del presente tratado, los territorios alemanes situados al oeste del Rin, junto con las cabezas de puente, serán ocupados por las tro-

⁴ Alemania al comienzo de la guerra tenía 64 acorazados, 10 destructores y 108 naves pequeñas.

pas de las potencias aliadas durante un período de quince años (...).»

Versalles, 28 de junio de 1919

Las nuevas fronteras:

«La pérdida de Checoslovaquia y Yugoslavia fue dolorosa pero relativamente fácil, con secciones limpias y escisión de territorios casi literalmente periféricos. Pero en Transilvania fue todo lo contrario: la justicia para con ambos bandos fue y es imposible, una imposibilidad que radica en la densa masa de población húngaro-transilvana aislada de sus compatriotas 320 kilómetros al este, rodeada por una masa más tupida de rumanos. No había solución posible, salvo convertir este gigantesco enclave magiar en un territorio húngaro avanzado y separado de la patria, inserto —como hubiera tenido que estar— en una Rumania hostil al estilo del experimento posterior del Paquistán oriental y seguramente corriendo la misma suerte. Por otra parte, los rumanos de Transilvania eran casi un millón más que los húngaros de la región, de modo que, *mutatis mutandis*, habría sido igualmente imposible establecer unas fronteras razonables para una Hungría victoriosa que hubiesen sido justas para los rumanos. Cuál de los dos bandos padecería la inevitable injusticia (en el caso de Hungría, la separación de sus compatriotas transilvanos, y en el de Rumania, la perpetuación del *status quo*) sólo dependía de quién perdiera la guerra. Como Hungría quedó vinculada al bando perdedor, el resultado era inevitable: se trastocaron unas fronteras que, con la excepción del período turco, llevaban intactas desde hacía casi mil años, y los vencedores se repartieron dos tercios de sus territorios. Desde entonces, la bandera húngara ondea, metafórica y literalmente, a media asta.»

Patrick Leigh **FERMOR**, *Entre los bosques y el agua* (1986)

La semilla del odio:

«El 15 de noviembre de 1918 iba del hospital de Bad Nauheim a mi guarnición de Brandeburgo. Cuando me dirigía cojeando, con la ayuda de mi bastón, hacia la estación de Potsdam, en Berlín, me paró un grupo de uniformados con brazaletes rojos y me exigió que les entregara las charreteras y la insignia. Yo alcé el bastón como respuesta. Pero mi rebelión no tardó en verse derrotada. Me tiraron al suelo y me salvó de mi humillante posición la intervención de un ferroviario. A partir de entonces, sentí un odio tremendo hacia los criminales de noviembre⁵. En cuanto mejoré un poco de salud me uní a los grupos que se dedicaban a acabar con la rebelión.»

«Nunca olvidaré la escena en que un camarada, a quien le faltaba un brazo, entró en la habitación y se tiró en la cama llorando. La chusma roja, que nunca había oído silbar una bala, le había atacado y le había arrancado todas sus insignias y medallas. Los dos gritamos de rabia. Ésa era la clase de Alemania por la que habíamos dado nuestra sangre y nuestra salud y nos habíamos enfrentado a todos los tormentos del infierno y a un mundo entero de enemigos durante años.»

Testimonios de VETERANOS ALEMANES de guerra (noviembre de 1918)

⁵ Los que firmaron el Armisticio, el 11 de noviembre de 1918.